Crimen Perfecto

Eleuthero Zakin

Capítulo 1

Crimen Perfecto

Fue en ese instante cuando Selena, vestida con falda y chaleco de cuero sintético color blanco y una peluca color rubio adornando su cabeza, ingresó en el banco con un bolso deportivo de color negro. Bajó sus lentes oscuros a la mitad de su vista para contemplar el enorme espacio. Pudo notar que no había muchos clientes y apenas un par de administrativos estaban atendiendo. A la salida, sólo un par de guardias. Aquel día no era de alta concurrencia y eso era lo que necesitaba.
Selena llevó su mano al bolsillo interior de su chaleco y sacó una pesada pistola semiautomática, la cual usó para disparar encima de ella.

—¡Arriba las manos! —grito Selena con furia, luego de un par de disparos.

Los clientes y los administrativos, espantados por el ensordecedor sonido de los disparos, levantaron las manos en un abrir y cerrar de ojos. Selena se sentía muy poderosa al ver a la gente bajo su control, temerosos de siquiera moverse, incluso los guardias se mostraron vulnerables, levantando las manos sin siquiera pensarlo. Le daba un aire de satisfacción, la adrenalina le daba vida. Asaltar bancos era su oficio y pasión, era su mejor forma de llenar su bolso con dinero, por ello se dedicaba al crimen desde hace mucho. Ya se sentía como una artista que dominaba el arte de los atracos.

Eran momentos como estos en los que Selena se reía de su madre, porque ella le insistía que no podía hacer nada sin ayuda y, en ese momento, le demostraba lo independiente y capaz que era de manejar su vida.

Sin perder tiempo, apuntó a los administrativos y abrió su propio bolso para decirle que entregaran todo. Los últimos no dudaron nada en moverse de sus puestos y abrir la puerta en su costado izquierdo. Le pidieron a la ladrona que ingresara y la llevaron hacia el interior del banco, a la bóveda en donde guardaban el dinero.

—¡Ya tiene el dinero! —dijo uno de los administrativos—. ¡Por favor, no nos haga daño!

Selena se sentía como una niña dentro de una juguetería. La bóveda contenía estantes llenos de monedas y billetes, además de otras pertenencias y reliquias que jamás en su vida había visto, pero que consideraba lo suficientemente valiosas para sacar mucho dinero en sus ventas. La osada ladrona tomaba todo lo que podía, a vista y paciencia de los impotentes administrativos. Cuando terminó, sintió una enorme

tranquilidad al ver su bolso totalmente lleno.

—Me retiro —dijo Selena—. Fue un placer hacer negocios con ustedes.

Caminó tranquilamente hacia la salida y, al cruzar la puerta, corrió con todo su aliento, sonriente por haber logrado, una vez más, un crimen perfecto.

Cuando sintió haberse alejado lo suficiente de la escena del crimen, redujo sus pasos y caminó tranquilamente hacia su casa, llevando el abultado bolso. La sonrisa en ella era muy notoria porque, nuevamente, le refregaría su hazaña en la cara a su madre. Al llegar, miró el exterior de su humilde hogar, una fachada de un piso y con pintura color durazno, manchada por gotas de barro que solían salpicar cuando regaban el árido jardín, que no era más que un suelo hecho de tierra infértil. Al entrar, usó su mano para hacer sonar la puerta de madera, en espera que alguien en el otro lado la abriera. Dicho y hecho, la puerta la abrió una mujer de edad avanzada, con su fino cabello desordenado y entrado en canas.

—Mamá, lo hice de nuevo —dijo Selena, mostrándole su bolso mientras se quitaba su peluca rubia, revelando un cabello corto color rojizo.

Mientras lo abría y le mostrará el contenido, la madre sintió un dolor en su corazón, no estaba para nada orgullosa.

—Hija… —dijo con toda angustia— lo hiciste de nuevo…

Le quitó con mucho cuidado el bolso y lo lanzo con rabia al suelo. Luego, miro con mucha pena a su hija, mientras la veía sonriendo por su acción. La desconsolada madre la abrazó con fuerza y trató de consolarla lo mejor posible, tratando de liberarse de su tristeza, la tristeza que venía lidiando hace tiempo por las locuras de su hija.

La hija no paraba de reír, viendo como el contenido de su bolso deportivo caía en el suelo. Un montón de tierra, hojas, papeles y envoltorios de dulces, manchando el suelo.